

## SANMIGUELADA: EJEMPLO FEHACIENTE DEL COMPORTAMIENTO MASIVO

**Miguel Angel García Guzmán**

«Sometida a todas las sugerencias, animada de la violencia de sentimientos propia de los seres que no pueden apelar a influencias racionales, desprovista de sentido crítico, la masa no puede sino manifestar una credulidad excesiva. Para ella no existe lo inverosímil»

LeBon

Cuerpos intoxicados de alcohol y otros enervantes, estruendos musicales por doquier, una fraternidad efímera, vigilancia incipiente, riñas esporádicas, personas extasiadas que fueron regidas por el principio del placer y buscaron ansiosamente una aventura sexual, total permisibilidad para llevar a cabo cualquier acción que se tuviera en mente... Así se puede resumir el festejo que se vivió en San Miguel de Allende, en el cual, convergieron mujeres y hombres de distintas latitudes para —sin proponérselo— volverse uno en este festejo.

En el presente artículo se tomará como paradigma lo acaecido en días pasados en el Estado de Guanajuato, para contrastarlo con el aporte teórico alusivo a «la masa». Para dicho efecto se retomarán las propuestas de Gustave LeBon y Elias Canetti plasmadas —respectivamente— en sus libros «Psicología de las masas» y «Masa y poder». La finalidad del escrito reside en identificar tres momentos cruciales que se viven cada vez que una muchedumbre se aglomera en un sitio: génesis, comportamiento y desarticulación.

De tal forma, resulta imperativo esclarecer las características del evento en mención: desde 1973 se lleva a cabo en San Miguel de Allende una fiesta traída de la Península Ibérica, allá se le denomina Pamplonada —nombre originario de Pamplona, España, de donde la corrida de toros es originaria.

En Guanajuato se le llama Sanmiguelada, consiste en crear una especie de «pasillo» alrededor de la plaza principal, donde al medio día son soltados varios toros de lidia para que los «valientes» los esquiven las veces que sean necesarias.

La Sanmiguelada se realiza el tercer domingo de septiembre —en esta ocasión el día 24—, que es el fin de semana que cae entre la celebración del Día de la Independencia de México —16 de septiembre— y el festival del santo patrón de la ciudad, San Miguel Arcángel —29 de septiembre—. Cada año hay cientos de heridos y desafortunadamente las muertes no son raras. Claro, esto último no es buena publicidad, quizás eso sea el motivo de la omisión.

La amalgama se crea

*Poco a poco la gente va arribando a su destino; los autos comienzan a hacer largas filas, los autobuses tienen que estacionarse a la entrada del pueblo y los visitantes optan por comenzar a caminar: el día se vislumbra eterno. Diversas ideologías, lenguas, colores de piel y apariencias físicas aguardan bajo la iglesia gótica del siglo XVI que hoy cerró sus puertas para evitar desmanes. La plaza está llena, ¡no cabe nadie!, los que llegaron tarde y pretendan ver el festejo lo harán por televisión: San Miguel está al máximo.*

*El furor aflora, la adrenalina asciende: llegó el camión con las bestias. Todos están a la expectativa, la espera ha terminado. Un cohete surca el aire para con su estruendo arrancar un alarido de emoción del público: comienza la fiesta. El primer toro hace su aparición, las manos son insuficientes para ir contando a quienes éste derriba o eleva con sus embestidas. Hay tanta gente dentro del circuito que resulta imposible correr —por ahora— sale el segundo toro y ulteriormente el otro y el otro, hasta sumar ocho. Así se vivieron aquellos minutos, los cuales para algunos fueron de hombría, para otros de diversión y para los menos afortunados, de dolor.*

«En todas partes, el hombre elude el contacto con lo extraño. (...) Ni siquiera la ropa ofrece suficiente seguridad: tan fácil es desgarrarla, tan fácil penetrar hasta la carne desnuda, tersa e indefensa del agredido. Todas las distancias que los hombres han ido creando a su alrededor han surgido de este temor a ser tocado. (...) Solamente inmerso en la *masa* puede el hombre liberarse de este temor» (1960, p. 3-4). Posteriormente, menciona la actitud que se adopta una vez que se supera el estado de alerta: «...deponemos las armas y los agujones con los que en general estamos tan bien pertrechados; nos tocamos sin sentirnos agobiados por ello;



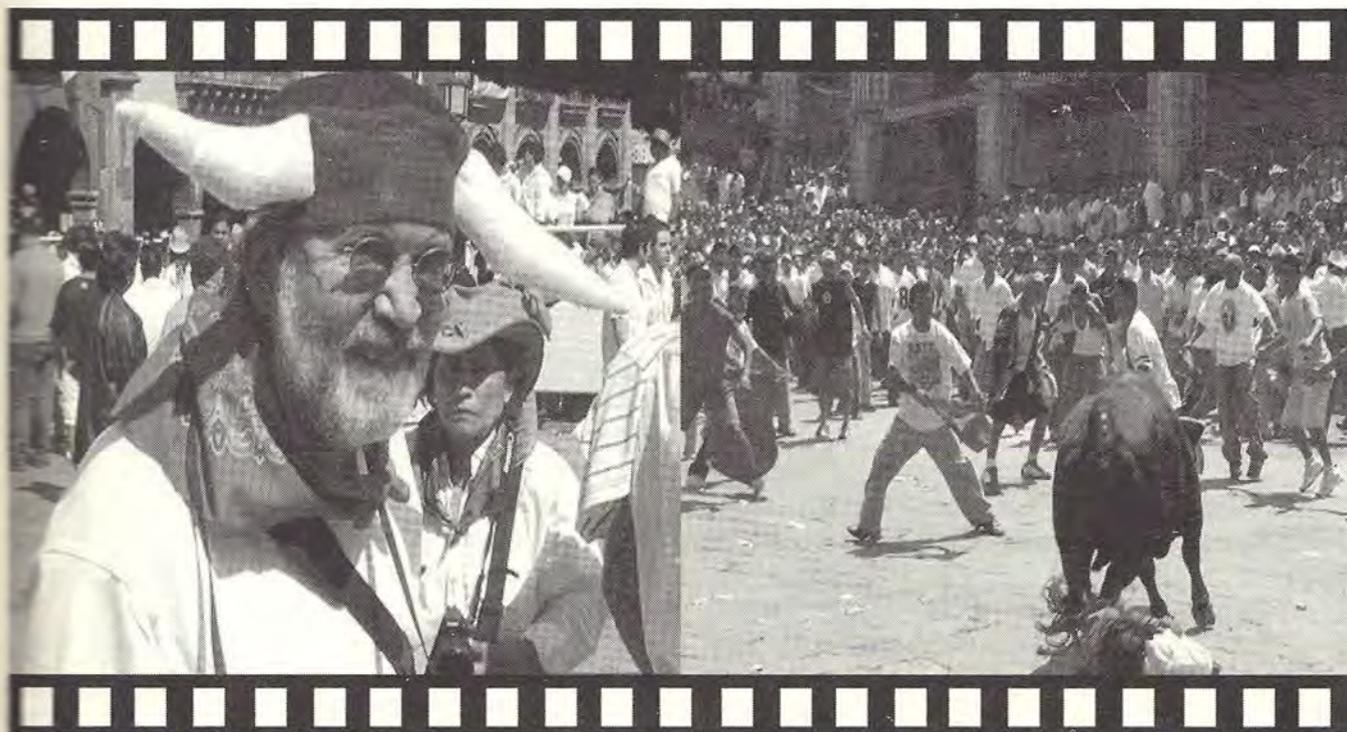
Hasta este momento se ha relatado la manera en que las personas se fueron congregando para ser partícipes de algo en común, por ende, es el espacio adecuado para dar cabida a una incógnita referente a nuestro tema, ¿en qué momento podemos asegurar que un conglomerado de personas se convierte en masa? Para responder a dicha interrogante es necesario acudir a las ideas de Canetti; quien afirmó que por principio de cuentas se debía vencer el miedo a ser tocado, veamos:

los agarrones dejan de ser tales y nos perdemos el miedo unos a otros. Antes de partir en la dirección que sea, queremos estar seguros de que permanecemos juntos» (Op. cit., p. 30). Esta primera observación —inversión al temor de ser tocado— queda completamente evidenciada en los párrafos anteriores, pero, aún persiste la duda sobre el lapso de transición en el que un grupo de individuos se convierte en masa. Siguiendo con el tenor de ideas manifestadas por Canetti, encontramos que:

«El fenómeno más importante que se produce en el interior de la masa es la *descarga*. Antes de ella, la masa no existe (...) Es el instante en el que todos los que forman parte de ella se deshacen de sus diferencias y se sienten *iguales*. (...) En medio de esa densidad en la que apenas queda espacio libre entre los cuerpos, que se estrechan entre sí, cada cual se encuentra tan próximo al otro como a sí mismo, lo cual produce un inmenso *alivio*. Y es por mor de este instante de felicidad en el que ninguno es más ni mejor que el otro como los hombres se convierten en masa» (Op. cit., p.7-8). Con lo anterior podemos percatarnos

*El ente se manifiesta*

*El voyeurismo por el acto taurino ha quedado en segundo plano, ahora se comienza a vislumbrar el verdadero motivo de la reunión masiva: la fiesta. El pueblo está listo para recibir una inmensa derrama económica, hoy es el día. Como buenos anfitriones, cuentan con los elementos necesarios para que los visitantes disfruten su estancia y decidan regresar el próximo año: gastronomía, entretenimiento musical, bares, y claro está, el «elixir de los dioses». En este último elemento se denota un doble discurso por parte de las autoridades locales;*



que aquellas individualidades presentadas por la mañana del 24 de septiembre, al medio día constituían uno mismo, tenían un fin en común y habían olvidado sus diferencias de credo, raza e ideología; ahora se constituía lo que LeBon denominó *masa psicológica*: «La personalidad consciente se esfuma, los sentimientos y las ideas de todas las unidades se orientan en una sola dirección. Se forma un alma colectiva, indudablemente transitoria, pero que presenta características muy definidas» (1895, p. 27).

por un lado, tienen que cumplir con su deber de proteger a la ciudadanía y de organizar un evento digno de recordarse, cuidando la integridad de todos los presentes; en contraparte, con días de antelación permiten que el pueblo sea totalmente abastecido con el líquido que aumentará —aún más— la estimulación de quienes lo ingieran, propiciando una atenuante extra que influirá poderosamente en el comportamiento de los implicados en el festejo. Paradójicamente, esto irá en

*detrimento de las obligaciones en mención. La seguridad es simbólica, unas cuantas decenas de policías resultan insuficientes para contener a esa masa que se ha creado, la cual, ahora se entrega al principio del placer, esa es la meta: disfrutar lo que resta del día. Es innegable que estamos hablando de un tipo específico de masa: la festiva. Elias Canetti la define de la siguiente manera: «Hay gran abundancia en un espacio limitado, y todos los que se mueven en él pueden participar de lo que haya. Los productos, sean del género que sea, son expuestos en grandes cantidades. (...) Hay más de lo que todos juntos podrían consumir, y para consumirlo afluye un número cada vez mayor de gente. (...) Hay abundancia de mujeres para los hombres y abundancia de hombres para las mujeres. Nada ni nadie los amenaza, nada los pone en fuga; la vida y el placer estarán asegurados mientras dure la fiesta. Se han abolido muchas prohibiciones y separaciones; se permiten y favorecen acercamientos totalmente inusuales. (...) No existe una meta idéntica para todos y que todos deban alcanzar juntos. La fiesta es la meta, y ya la han alcanzado» (Op. cit., p. 65-66).*

Cuando el individuo se ve inmerso en la masa pierde momentáneamente la esencia que lo caracteriza, que lo hace ser diferente a los demás. Los rangos de edad, laborales y académicos se convierten en cenizas. En este momento el calor de la masa recubre como un bálsamo productor de amnesia. Atrás quedaron las preocupaciones personales, las posturas políticas, los anhelos frustrados... ahora se es uno con la fuerza de mil. Basta una sola palabra para que se convierta en acción: ¡véanme, soy yo, engrandecido, invencible! Este es el sentimiento de omnipotencia que otorga la masa. LeBon indicó que «La incapacidad de las masas para razonar las priva de todo espíritu crítico, es decir: de la aptitud para discernir entre la verdad y el error» (op. cit., p. 54). «Todo aquello que impresiona a la imaginación de las masas se presenta en forma de una imagen emocionante y clara» (op. cit., p. 56).

La masa se desintegra

*El baile ha cesado: la música terminó. El festival*

*llegó a la cima y por ley natural comienza el descenso. El cansancio es evidente, la intoxicación también; dicen que hasta el hombre más fuerte sólo puede luchar hasta donde sus fuerzas le permiten, pero en esta ocasión no se trató de combatir con un feroz enemigo, sino de convivir y bailar con miles de amigos. Las condiciones han mutado. En este lapso de la madrugada nuevamente se sucumbe ante el temor del contacto físico. Los que antes eran aliados vuelven a convertirse en desconocidos de quienes se debe sospechar lo peor, por ende, hay que vestirse otra vez de la armadura e impedir el menor roce. De igual manera, los que al comienzo de la jornada lucían joviales y extravagantes ahora deambulan con los rostros desfigurados y con una firme convicción: regresar a su terruño para reconfortarse.*

Después de la tormenta... todo comienza a retomar su cauce normal, el gran ente que se gestó y se dejó sentir en el lugar se desarticula por completo. Uno a uno fueron dispersándose los «festejantes» para devolver el pueblo a sus habitantes. No sólo el espacio geográfico regresa a sus moradores; paulatinamente —mientras la «tierra prometida» y el furor ético se alejan— las individualidades vuelven, las características propias se acentúan: la edad, el grado académico y la jerarquía laboral se hacen presentes. El sabio vuelve a serlo y el ignorante también. La meta de la reunión se cumplió a cabalidad, las personas vivieron la fiesta y se divirtieron hasta el cansancio, realizaron acciones que quizás no imaginaron.

Vivieron un día en un lugar en el que la única regla era saber que estaba estrictamente prohibido: prohibir. No hubo limitantes, reinó el exceso en todas sus manifestaciones. Atrás quedó la igualdad y la momentánea hermandad que invadió el ambiente por algunas horas, aquella que eliminó por unos instantes las diferencias e hizo sentir poderosos a los participantes. Al frente se vislumbra la inequidad social que abrumba y asfixia. Ahora todos regresarán a su lugar de origen y serán los mismos de siempre; el día de hoy: sólo será un recuerdo más.

#### **BIBLIOGRAFÍA**

- Canetti, Elias. (1960). *Masa y poder*. Galaxia Gutenberg-Círculo de lectores. Barcelona. 2002.  
Gustave, LeBon. (1985). *Psicología de las masas*. Morata. Madrid. 2000.